



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 1.º de Octubre de 1882

Núm. 95

SUMARIO

I. Más sobre la instrucción popular. — II. La esperanza. — III. Por qué el Rey de España es llamado por sobrenombre muy católico. — IV. Los pichones inocentes. — V. A S. M. la Reina. — VI. Explicación del grabado. — VII. El regalo de este número. — VIII. Muertos que viven. — IX. El agua. — X. Antiguo Testamento. — XI. Cartas á una niña. — XII. Epigrama.

MÁS SOBRE LA INSTRUCCIÓN POPULAR

Nos congratula leer en la prensa cuanto tiende á mejorar la instrucción y por eso nos hacemos eco de la noticia que da un colega relativa á los trabajos de propaganda que varios profesores de instrucción primaria se proponen emprender en el corriente mes de Octubre para conseguir que la iniciativa oficial y la particular atraigan al seno del magisterio á la numerosa juventud que se dedica á otras muchas carreras que ofrecen dudoso porvenir en la presente época.

Y nos halaga tanto más la noticia, cuanto que esos profesores se proponen á la vez gestionar que el profesorado esté mejor y más puntualmente retribuido.

Es indudable que España ha dado un paso aventajado en la senda de la educación, y para demostrarlo, bastaría citar ó hacer estadística del número de escuelas de nueva creación en el último quinquenio, y hacer paralelo del material con que están dotadas las hoy existentes relativamente al que disfrutaban los antiguos establecimientos de enseñanza; pero si esto no fuera suficiente, que si lo es, sin entrar de lleno en el exámen minucioso de la comparación, convencería al más descreído la idea sólo de pensar que mientras antes no se ocupaban de la instrucción pública, sino los que por vocación ó por necesidad demandaban una mirada benéfica hacia ella, hoy adquiere su desarrollo de arriba á bajo, es decir, tomando parte en su planteamiento el elemento oficial é interviniendo en el asunto los más eruditos hombres y los capitales mejor cimentados, fruto sin duda de la experiencia que nos ofrecen otros países más favorecidos que nosotros por la fortuna, en la segunda mitad del siglo.

Decimos esto, á propósito de haber sido nombrado el Sr. Balaguer Presidente de la

Junta de patronato de las escuelas de párvulos de Cataluña, cuyo encargo ha aceptado con gusto, prometiendo promover en aquella ilustrada región española la creación de dichas escuelas, según el sistema Froebel, y las muchas fundaciones de otras, que por la iniciativa de diferentes capitalistas ó asociaciones, se ofrecen y plantean en villas y ciudades.

Ya era tiempo de que las clases todas comprendieran las ventajas de la educación social, cuyos beneficios pueden únicamente brotar de las escuelas.

Es un axioma incontrovertible, y la práctica nos lo enseña á cada paso, que lo que no se aprende en los primeros años, cuando los individuos no han aceptado obligaciones ni tienen que procurarse forzosamente el sustento, no se aprende en la edad madura, por falta de tiempo unas veces, y por cansancio otras, y es igualmente incontrovertible que cuando se carece de instrucción, no puede el hombre llenar bien sus necesidades ni servir á la sociedad como debiera.

El ejemplo ha labrado en nuestros corazones, y abriendo los ojos á la luz de la verdad,

escudriñando las causas, apreciando los efectos, hemos llegado, al fin, á comprender que el progreso de los pueblos estriba en el mayor ó menor grado de cultura de sus hijos.

Las naciones que hoy figuran al frente del movimiento intelectual y material de Europa, son aquellas que sacrificaron la mayor suma de sus presupuestos respectivos para la enseñanza elemental, y voy á demostrarlo.

Prusia, según la estadística publicada por un periódico de aquella confederación, con una población de 27.278.397 habitantes, sostiene obligatoriamente en sus escuelas públicas á 5.603.970 niños, ó sea el 17 por 100 de la población total. Para la instrucción de estos niños se ha empleado en el año pasado un personal de 61.134 maestros, ó sea un maestro para cada 70 discípulos, y en lo que concierne á Berlín, capital del imperio, que tiene 1.122.385 habitantes, el número de niños que han frecuentado las escuelas es de 94.299, divididos en 1.763 clases.

Francia, según el último censo, tiene en la actualidad 36.905.788 habitantes, distribuidos en 36.082 ayuntamientos. De éstos, 34.593 tienen por lo menos una escuela; 1.246 están agrupados, teniendo una escuela para cada dos ó para cada tres ayuntamientos, y sólo 243 no tienen escuelas.

Las escuelas en Francia son 73.764, divididas en públicas, libres y mixtas. 26.127 son exclusivamente de niños; 30.269 de niñas y 17.368 escuelas de ambos sexos.

Se subdividen también esas escuelas en láicas y de congregacionistas. Son láicas 58.800, regentadas por 45.158 maestros y 25.568 maestras seglares, y acuden á ellas 3.144.938 alumnos: las escuelas de congregacionistas son 19.964, las dirigen 10.029 maestros y 39.425 maestras, y las frecuentan 4.235.591 alumnos.

Las escuelas de párvulos, ó salas de asilo, constituyen una parte muy importante de la primera enseñanza. El número de estos establecimientos de instrucción, era en 1879 de 4.446, y en 1880 ha aumentado á 4.665. El personal de las salas de asilo está formado por 7.169 maestras. El número de párvulos admitidos en el censo de 1879 á 1880, en las salas de asilo, ha sido de 606.014, de los cuales satisfacen una pequeña asignación cerca de 100.000: los 500.000 restantes concurren gratuitamente.

Los Estados Unidos de América gastan anualmente en los sueldos de los profesores de ambos sexos 55.158.289 pesos, ascendiendo los gastos del material á 30.732.838; total 85.891.127 pesos anuales.

Siendo la población de 50 millones de habitantes próximamente, resulta que se gasta 1.72 pesos por cada habitante.

Si en España se aplicase el mismo tipo, aun cuando no se fije la población más que en 16 millones de habitantes, deberían gastarse por año en la primera enseñanza, 27 millones y medio de pesos, ó sean 137 millones y medio de pesetas.

Sin querer, hemos caído en el terreno de las comparaciones; pero ya está hecho, y nos place presentar estos datos para estímulo de los poderes y de los individuos que consagran su capital á la enseñanza pública; pues el mejor y más estimable beneficio que puede dispensarse á los semejantes, particularmente á los desvalidos, es el perfeccionamiento moral de la inteligencia.

Los que sacrifican sus talentos y sus capitales al desarrollo de la instrucción popular, dan elevada idea de su amor á Dios y á la sociedad: dan el mejor testimonio de sus sentimientos y de su patriotismo.

Seamos instruídos y seremos grandes.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

LA ESPERANZA

Hay para el alma triste y dolorida
Que el padecer sumerge en noche oscura,
Un rayo delicioso de luz pura
Que alumbra el caos en que se ve sumida.

Hay para el corazón que late herido
A impulso de durísimo tormento,
Un bálsamo síave, que aunque lento,
Calma al fin el dolor que le ha oprimido.

Hay para aquel que en rudas decepciones
La hiel de envenenada copa apura,
Un consuelo que templó la amargura
De sus hondas y graves aflicciones.

¿Queréis saber cuál es ese consuelo,
Ese síave y bienhechor calmante,
Ese rayo de luz pura y brillante?
LA ESPERANZA; divino don del cielo.

Ella dilata el pecho estremecido
Que convulsiva lucha desgarraba;
Ella da al corazón la paz que ansiaba
Prometiéndole hallar el bien perdido.

Ella acorta las horas de agonía;
Ella, cual madre tierna y amorosa,
Enjuga con su mano cariñosa
El llanto acerbo de la pena impía.

Ella refresca con síave ambiente
El fuego abrasador de las pasiones,
Haciendo renacer las ilusiones
Que el desengaño hiriera mortalmente.

¿Y habrá quien no codicie tal tesoro?
¿Quien malvado y tenaz de sí le aleje
Y en profundo pesar á su alma deje?
¡Oh infeliz! su cegüedad deploro.

Dichoso, sí, mil veces el que alcanza
Por premio de su fe, de su paciencia,
Que el bondadoso Dios de la clemencia
Le otorgue el dulce bien de la ESPERANZA.

CONCEPCIÓN PALACIOS.

POR QUÉ EL REY DE ESPAÑA

ES LLAMADO POR SOBRENOMBRE MUY CATÓLICO



En tiempos pasados la España fué gobernada por reyes particulares y despues por cartagineses y africanos que la ganaron, los cuales, vencidos por los romanos en diversos reencuentros y batallas, les dejaron la tierra pacífica, hasta que los vándalos y alanos echados por los godos de la Francia, casi al fin del imperio de Theodosio y Valentiniano, emperadores, ganaron por fuerza de armas muchas tierras (año de 433), y entre ellas á España; finalmente estos vagabundos llamados por Bonifacio, gobernador de una parte de África, para favorecerse de ellos contra Accio, gobernador de la otra parte de dicha tierra, hallándose perseguidos y muy acosados de los visigodos, so el imperio de Gontran y Genserico, los cuales, en número de 800.000 entre hombres y mujeres (año de 420) fueron á la conquista y miserable desolación de África.

Los godos, por permisión de los emperadores, reinaron en España hasta la muerte del rey D. Rodrigo, en odio del cual, y en venganza de la fuerza hecha por el dicho rey á la Caba, hija del conde D. Julián, so el gobierno de Muza, metió en España la secta de los vándalos, con gran multitud de moros y africanos, que habitaban en África: después de haber muerto en diversas escaramuzas, asaltos, encamisadas, encuentros y batallas campales, más de 700.000 cristianos y sujetado la mayor parte de España, lo dividieron en diversos reinos como Toledo, Granada, Valencia, Portugal, Córdoba, Molina, Aragón y otros.

El resto de cristianos y godos, por evitar el insufrible yugo de moros, se retiró parte á los montes Pirineos y parte á los de Leon y tierra de Vizcaya y Asturias, entre los cuales el infante D. Pelayo, levantado rey por los cristianos y dejado el título y nombre de godo, continuó con sucesos variables y diversos la guerra con los moros y sus sucesores; conociendo sus flacas fuerzas para resistir á tanta morisma, fueron forzados por diversas veces á ampararse del favor de los reyes de Francia, Pipino, Carlo-Magno, Luís y otros, con favor de los cuales reyes, poco á poco con gran mengua de africanos, recobraron muchas ciudades, villas y castillos, como parece en la española genealogía y empezaron á levantar reinos, como fué el de Leon, de Aragón, de Barcelona, de Castilla, de Navarra, de Toledo, de Portugal, de Valencia, de Córdoba, de Granada y de Galicia, apellidándolos del nombre de las más principales ciudades ó de algunas fuerzas en ellos levantadas para hacer resistencia y combatir al enemigo; y deste tiempo fueron los cristianos ganando siempre tierra y se aventajaron en los puertos y señoríos.

Entre todas las batallas y victorias que los reyes de España tuvieron de los moros, la más notable y singular fué la que tuvo de ellos el rey de Aragon; porque después de haberlos del todo vencido los hizo tributarios de los reyes de España, y tuvo muy sujetos, aunque por algún tiempo les concedió facultad de vivir en su perversa ley y superstición, á imitación de

sus antepasados, hasta que aconsejado por algunos celosos de la ley cristiana, les ordenó ciertas diputadas personas, y muy principales para inquirir y conocer sus vidas, junto con las de los judíos, porque (como cada uno desee atraer á otro diferente de su religión, al propio culto y ley) no procurasen sonsacar algunos cristianos, é inducirles en sus errores. Deseoso el buen príncipe de aumentar la religión y fe católica y demostrar no tenía menos partes de político, que de soldado y valeroso guerrero, dando de mano al ejército militar, asestó todos sus designios y pensamientos á la reformation de su reino, y unidad de la fe y santa ley evangélica (obra cierto pía, santa y digna, de inmortal memoria) por lo que mereció que el Santo Padre de Roma le diese particularmente título y renombre de católico, para sí y para todos sus descendientes los reyes de España, no obstante que el año 730 el Papa Gregorio III había concedido el mismo título al rey de Galicia D. Alhonso, por haber desterrado de todo su reino y señorío la perversa herética secta Arriana, que es causa de doble corona, y mayor gloria á los reyes de España y sus vasallos.

En conclusión, mandó que todos, así moros como judíos, que vivían en sus reinos (de que había en España gran número, porque según refieren los anales de los hebreos, Tito, emperador, desterró gran cantidad de ellos después de la destrucción de Jerusalem á España, y habían residido en ella hasta el reinado de Fernando) se convirtiesen á la Santa fe católica, y dejado todo error y superstición se bautizasen; y si no querían, dentro un cierto término saliesen del reino, á cuya causa muchos, por no desamparar la tierra natural se tornaron cristianos, y otros, por no dejar sus supersticiones y ceguedad pasaron á África y á otras partes del mundo.

Año de 1216 (no obstante que el Papa Inocencio III hubiese rehusado condescender á su petición), el Sumo Pontífice Honorio III confirmó la orden y religión del bienaventurado Santo Domingo, español nacido en la ciudad de Calahorra, por una visión que tuvo de dicho santo, como con sus espaldas sostenía la Iglesia católica no se cayese; y en su primera institución fué tanto el nombre y fama que los padres dominicos alcanzaron cerca de los reyes, príncipes y vulgarmente, por su buena vida y gran fruto, que los reyes de España, y en particular el rey D. Fernando, los instituyeron inquisidores de la Santa Fe Católica, y les encargaron el negocio y cuidado de conservar la sinceridad y limpieza en la cristiana religión en el estado y punto que se requería, y especialmente entre los nuevamente conversos, así moros como judíos, los cuales no dejaban de usar de sus supersticiosas ceremonias, aunque se tenía gran cuenta en instruirlos en la fe y en amonestarlos con exhortaciones, avisos y sermones de su antiguo error y de la gracia que nuestro señor les había hecho en reducirlos á su Santa Fe, y esta es la causa que muchos se persuaden la Santa Inquisición de España haber tenido su primer origen en el tiempo del rey D. Fernando, por cuanto con mayor rigor y solicitud inquirían y procuraban los padres, á quien era cometido el oficio fuese conservada, inviolada la Santa Fé Católica, lo

que antes habían hecho los jueces ordinarios en la disquisición y procesos contra los miserables apóstatas, por otro nombre dichos, Marranos, el cual nombre ha sido usurpado de los palestinos. Ves aquí diligente lector en breve sumario la línea y descendimiento de los reyes de Castilla, de León, de Navarra, de Aragón, y finalmente de España, y la causa por qué los Sumos Pontífices han dado á los reyes de España título de Católicos.

(Del Semanario de escritos antiguos, coleccionado por D. Basilio Sebastián Castellanos.)

LOS PICHONES INOCENTES.

FÁBULA.

Dos inocentes pichones
Por primera vez del nido
Salieron, y en el tejado
De su palomar nativo,
Admirados contemplaron
Los sitios circunvecinos
Poblados de árboles verdes,
De extensos sotos sombríos,
De fuentes murmuradoras,
De riachuelos cristalinos.
— ¡Qué hermoso es esto! decían.
¡Qué grandioso, qué magnífico!
Por todas partes hay flores
Coronadas de rocío.
¡Qué grata será la vida
En tan bello paraíso!
Aquí todo será dicha,
Aquí nada habrá nocivo,
Y pasará la existencia
En alegre regocijo,
Volando de monte en monte,
Saltando de pino en pino,
Bebiendo en las claras fuentes,
Picando el césped florido.
Esto oyó el palomo padre
Y á los dos pichones dijo:
— En verdad que me hace gracia
Vuestra inocencia, hijos míos;
No os encante, no os seduzca
La amenidad de los sitios,
Que aunque es hermoso el paisaje
Hay en él grandes peligros.
Por ese azul trasparente
De los aires, puro y limpio,
Vereis cruzar con frecuencia
A los milanos carnívoros
Que á las palomas persiguen
Y matan incompasivos.
Entre el frondoso arbolado
De las márgenes del río,
Los cazadores se esconden,
Que acechando de continuo,
Si uno los deja acercarse
Le dejan muerto de un tiro.
Hijos, vivir no se puede
Ni un solo instante tranquilos,
Que en este vergel de flores
Los riesgos son infinitos.
Mil enemigos nos cercan;
Ojo alerta y mucho tino,
Y rogad al santo cielo
Que siempre os sea propicio.

*No os seduzcan los encantos
De la vida alegre ¡oh niños!
Y sed cautos y prudentes
Para evitar los peligros.*

MANUEL GONZALEZ ÁLVAREZ.

Á S. M. LA REINA.



FINES del año 1838, D. Félix Amorós, director de una Academia, se hallaba trabajando en su despacho, cuando su criado le entregó una tarjeta de un caballero que deseaba hablarle.

— ¿Hágale usted entrar? — dijo, apenas había acabado de leerla. — ¿Qué querrá de mí el Secretario particular de la Reina. Pocos momentos despues se abrió la mampara del despacho para dar paso á un caballero, que, vestido de rigurosa etiqueta, había llegado hasta allí, conducido por el criado. Era alto, rubio, de regulares carnes y demostraba en su semblante, casi siempre risueño, esa amable finura propia de los hombres habituados á alternar con las clases más elevadas de la Sociedad.

Penetró en el despacho, despues de hacer un respetuoso saludo, con el sombrero en la mano, y dijo:

— Caballero, ¿tiene usted entre sus discípulos un niño llamado Mauricio Grenier?

— Sí, señor.

— ¿De edad de diez años?

— Precisamente.

— ¿Que acaba de entrar en el cuarto año de sus estudios?

— Sí, señor.

— Perdone usted, caballero, si una vez enterado de estos datos me tomo la libertad de pedirle alguno más acerca del comportamiento de ese niño.

— Es usted muy dueño. Le tengo por el más juicioso y aplicado de todos mis discípulos; por desgracia ninguno de sus compañeros se parece á él.

— Lo suponía. ¿Y sus padres?

— Los pobres, aunque de escasa fortuna, se imponen todo género de sacrificios para poder dar á su hijo la educacion más completa posible... Pero ¿podré saber, caballero, por qué os tomáis tanto interés hacia Mauricio?

— Sí, señor. Ese niño á escrito á la Reina.

— ¡Á la Reina!! — dijo el Director asombrado.

— Y S. M. es quien me envia aquí para traerle la respuesta.

— ¡Mauricio ha escrito á la Reina! ¿Para qué? ¿Qué es lo que ha tenido el atrevimiento de decirle?

— Aquí tiene usted la carta.

El Director la abrió y leyó lo siguiente:

«Á S. M. la Reina. — Señora: Como dicen que usted es la madre de todos los franceses, la escribo para manifestarla mi deseo de tener un *Robinson*. Mi papá me había prometido uno para el día en que cumpliera diez años; pero ya tengo dos meses más del plazo señalado, y en efecto, todavía no he visto mi *Robinson*; esto me tiene de mal humor, porque dicen que es tan divertido como instructivo, y porque ya he dado palabra á mis compañeros de obtenerle. En vista de esta desgracia, he tenido la idea de pedírselo á usted, confiado en su buen corazón. Yo soy muy amigo de su hijo de usted, porque está estudiando el mismo año que yo, y más de una vez, jugando conmigo, me ha manchado los pantalones de tinta. Puede

usted preguntárselo y así no dudará de que es cierto cuanto la digo. En fin, señora Reina; yo tengo muchas, muchas ganas de tener un *Robinson*, y si usted me le manda, me dará en ello un inmenso placer. Su respetuoso hijo,

MAURICIO GRENIER.,

Ya adivinará el lector el desenlace de esta historia; el Secretario particular de la Reina llevaba el libro. Se llamó á Mauricio, y éste, como era natural, á pesar de que ya le esperaba, se encontró confuso y coartado en presencia de aquel respetable caballero. Al principio no se atrevía á tomar el libro, porque veía la cara de su Director, que en aquel momento era algo imponente. El Secretario le prohibió, en nombre de la Reina, decir que era ella quien se lo enviaba; pero como era natural, apenas había salido del despacho, empezó, lleno de orgullo, á divulgar la noticia entre todos sus compañeros. La Reina, durante los ocho días siguientes, recibió diez cartas más, parecidas á la de Mauricio, pero se asegura que no volvió á enviar más á su Secretario particular á la Academia de D. Félix Amorós.

M. DE LARRA Y OSSORIO.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.



La fisonomía de este insigne patricio, de este eminente poeta, era de tal modo expresiva y franca, que no se podía dudar al contemplarla; su frente espaciosa y tersa, sus ojos negros grandes y serenos, su enorme y retorcido bigote, su larga y artística melena, su espesa y prolongada perilla, su rostro en fin, severo, eran la expresión manifiesta del génio que distinguió en vida al simpático y varonil autor de *Consuelo*, *El Tanto por ciento* y *El hombre de Estado*.

Su carácter era afable y bondadoso.

Su palabra pura, castiza, elegante; su concepción á un tiempo enérgica y galana. En la tribuna brilló por su elocuencia, en el teatro por sus obras inmortales. Escribió muchos y muy buenos libros, las Musas le inspiraron como á ninguno, y sobresalió en el periodismo, tomando parte importantísima en la redacción de *El Padre Cobos*, obra maestra de su género en el siglo.

Sus talentos le elevaron á los más altos puestos del Estado: representó diferentes distritos en la cámara popular, fué ministro de la corona, y presidente del Congreso de los señores diputados.

En el movimiento que se operó en el país el año 68, tuvo señalada participación, viniendo más tarde á servir los intereses del partido liberal Conservador.

Su muerte ha dejado un inmenso vacío en la tribuna y en las letras, y á su memoria se ha levantado un esbelto mausoleo, con los atributos del génio, á expensas de sus eternos admiradores.

VICENTE D. BORDANOVA.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

—¿Será posible, Luisito? ¡Ah!.. Sí es posible: háme muerto con esa diablura; de un solo palo ha roto el busto que con tanto empeño trajera ayer el papá; digo, que yo traje-
ra en mis propios brazos; y *la luna de Venecia*.

— No te apures, Domingo, ni te aflija que se queden á oscuras los de Venecia; mientras tengamos luna por aquí...

— ¡Mire qué gracia!..

— Si no te *largas* prontito, lo que acabo de hacer con la cabeza de ese monigote, lo hago con la tuya.

— ¡Y es muy capaz de hacerlo el señorito!

— Y de decir que has roto el espejo, y en la caída el busto.

— Pondránme en el arroyo en seguida.

— Y á mí, ¿qué me importa?

— ¡Luisito! ¡Monito!

—¿Monito? Ahora le digo á mi papá que me pones motes y que sisas, y que me compras golosinas para que calle... y que hablas en secreto con las criadas.

—(¡Diablo con el mico!) ¡Y será muy capaz de hacerlo!

— Y de romperte el alma en cuanto acabe con este cabezote.

— Mire que es la abuelita.

— Mi abuela no era de yeso. Yo le diré á papá las cosas que dices de mi abuelita.

— Este chico me va á comprometer.

Y la ropa no le llegaba al cuerpo al dócil lacayo, mientras que el niño se entretenía en desbaratar una obra de verdadero mérito por el modelado, y un recuerdo tradicional de la familia.

Era un pinpollito de oro.

Su papá, que era artista de corazón, había-le dicho que le inclinaría á las Bellas Artes, porque él manifestaba grandes aficiones á la escultura; pero el chico ¡cá!.. ni escuchaba los consejos de su papá, ni mostraba el menor interés por el arte.

Había aprendido desde pequeñito que sus padres contaban una fortuna bastante desahogada, y las lecciones que como adorno querían inculcarle, las traducían como si trataran de convertirle en un obrero, y renegaba del estudio y del trabajo.

Decía que los señoritos no trabajaban, y por eso la emprendió á palos con el busto, figurándose que sería uno de los tantos modelos que su papá le tenía prometidos.

Y no le arredraban las amenazas, ni le corregían los castigos.

Crecía con la voluntad virgen, y se había propuesto aborrecer la escultura.

Los buriles los comparaba á los instrumentos que usan los albéitares, y mostraba gran aversión á las blusas; donde quiera que se encontraba la que su papá se ponía para *enredar*, como con suma modestia decía él mismo, en sus ratos desocupados, la picaba con la percusión de dos cuerpos duros cualesquiera, ó la hacía algún jirón enganchándola en los clavos que veía á su alcance.

Pero en el mal llevaba la penitencia. Cada vez que se resistía á una lección, se le privaba del postre ó de la merienda, y cuando hacía

alguna travesura como la que es objeto de estas líneas, se le privaba del paseo ó se le obligaba á pasear con un traje parecido á los de los payasos, con el fin de que las burlas de sus compañeros le corrigiesen.

Hé aquí por qué, á pesar de pertenecer á una familia distinguida, le encontráis en el dibujo tan raro y desaliñado.

DOROTEO ALEMÁN.

MUERTOS QUE VIVEN

Con tierna melancolía
Van á una niña á enterrar,
Y el padre, al verla pasar,
Dice llorando: «¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aún vivía
Con la fe de la ilusión!...»
Mas se templó su aflicción
Mirando al cortejo, y viendo
Tantos que, sin fe viviendo,
Llevan muerto el corazón.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL AGUA



ABEIS qué es el agua, mis queridos niños? ¿No os habeis quedado asombrados muchas veces al contemplar esas masas, que ora bulliciosas saltan por entre oscuros peñascos convirtiéndose en lluvia de brillantes cuyas claras linfas se irizan con todos los cambiantes del arco? ¿No las habeis visto mugidoras arrastrar en sus cenagosas olas rebaños, muebles, chozas y personas? Finalmente, ¿no os ha cabido la suerte de inundar vuestro ánimo de placentera dicha al encontraros frente á frente de esa inconmensurable inmensidad del Océano, cuya grandiosa cantidad toma todo el aspecto de la humana personalidad con sus calmas y sus tormentas?

El agua es un cuerpo que bien pudiéramos decir que representa el movimiento; movable y ligera es agitada por la brisa y riada, ó encrespada su superficie por el huracan. Absorbida por la tierra y atraída por la atmósfera, adquiere todos los estados de la posibilidad física, y cambia de forma y de estado como de color. El agua es un cuerpo líquido á la temperatura ordinaria; el punto de su vaporación ó congelación son los dos extremos de la escala termométrica que sabeis se divide en 100 grados á partir del 0, que es el punto de la congelacion, hasta llegar al 100, que es el estado de ebullicion de aquella.

El agua es un cuerpo sin color ni sabor. Cuando se la estudia y se la examina en pequeñas cantidades, entonces es incolora; pero si la contemplamos en una gran cantidad, entonces toma un tinte verdoso-claro ó azul bastante pronunciado. Su color y sus variaciones dependerán de la influencia de la atmósfera; la causa principal de aquél será el cielo, pues que su color se combina por reflexión con el color propio del agua. Pero esto sucede en los mares, en los lagos y rios que poseen una tinta azulada, independiente del estado del cielo, y que no se ha podido aún explicar satisfacto-



EXCMO. SR. D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

riamente. Hay otras aguas que tienen un color amarillento gris ó negruzco, fenómenos que dependen de las sustancias que llevan en suspensión.

El agua tiene tendencia á pasar del estado líquido al de fluido, elástico ó aeriforme. La transformación lenta del agua del estado líquido al de vapor, proviene de la superficie, y se denomina evaporación. Cuando una temperatura elevada influye sobre ella, fórmase el vapor en cantidades notables y entonces decimos que el agua se evapora ó evapora. Existe la ebullición cuando el vapor se forma al propio tiempo en toda la masa líquida, lo cual sucede á la temperatura de 100 grados bajo la presión ordinaria, es decir, al aire libre, ó sea de 76 centímetros. Encerrada en el vacío, hierve el agua á la temperatura ordinaria, y aún algo menos. En la cumbre de las altas montañas, donde el aire está más enrarecido, su punto de ebullición puede descender á 10, 15 ó 20 grados, así es que en la cúspide del Mont-Blanc, cuya elevación sobre el nivel del mar es de 4.775 metros, la presión atmosférica queda reducida á 417 milímetros, y allí el agua hierve á los 84 grados.

El agua, lo propio que sucede en todos los cuerpos de la naturaleza, se dilata por el calor, y se contrae por el enfriamiento. Cuando el agua se halla en su mayor densidad, es á los 4 grados sobre 0; entonces consigue su densidad 5 de contracción. Si la temperatura continúa bajando desde este punto, el volumen del agua permanece sensiblemente á la misma, hasta el momento de su solidificación. Su volumen aumenta entonces, y su fuerza de dilatación es asaz considerable para romper las vasijas, aun las más resistentes. La diferencia de densidad entre el agua á 4 grados sobre 0, y la del hielo es de 70 milésimas. En otros términos, para que mejor lo comprendais; la densidad específica es de 0,930, la del agua 4°, estando tomada por unidad.

Reducida el agua á hielo, éste es mucho más ligero y flota sobre aquélla: este hecho, notable en sí, lo es aún más por sus consecuencias. Concíbese en efecto, que el paso del agua del estado líquido al sólido aumentaba su densidad en lugar de disminuir, los témpanos en vez de flotar se irían al fondo á medida que se fuesen formando, acumulándose de tal suerte, que lo mismo en los climas templados ó rigurosos en que el invierno es muy frío, todas las corrientes de agua, lagos y estanques, serían enteramente un ventisquero, de los que solamente las capas superiores se deshelarían en el corto verano de aquellas regiones. No obstante, no sucede así; gracias á la menor pesadez del hielo, se forma una corteza que pone al agua al abrigo del frío exterior, y que cuando tiene cierta profundidad, impide que la congelación invada toda la masa.

El punto de la congelación del agua no es susceptible de variar como su punto de ebullición. El cero señala exactamente para el agua el estado normal, el límite, que independientemente de la presión exterior separa el estado líquido del sólido. En otros términos, entra en fusión á una fracción de cualquier grado sobre 0., y solidificase á cualquier fracción bajo 0.

El agua puede también en circunstancias especiales permanecer líquida, aun cuando su temperatura baje algo más que cero. De esta suerte, privada el agua de las sales que casi siempre contiene, puede enfriarse hasta 5 grados bajo cero sin solidificarse. El descenso de temperatura para la congelación, lo propio que la ebullición, dependerá igualmente de la presencia de una porción de sales en disolución que contiene. De aquí proviene claramente que un frío de 2 á 3 bajo cero, y aun menor, puede determinar la congelación del agua del mar cuando se halla en calma. Finalmente, el agua destilada, privada del aire, es perfectamente pura; colocada en un lugar tranquilo y al abrigo de todo sacudimiento, puede sufrir una temperatura hasta de 12 grados bajo cero en estado líquido; pero entonces la menor sacudida en sus moléculas basta para determinar la congelación, la cual se opera instantáneamente al mismo tiempo que se eleva á 0. la temperatura.

Este fenómeno, extraño en la apariencia, lo aplica M. Ponillet, diciendo que el calórico de las primeras partes que se congelan, se colocan sobre las partes vecinas, todavía líquidas, y por lo tanto las calienta, tanto que impide el solidificarse, y de aquí el doble efecto de la pronta congelación y calentamiento del agua.

La acción química del agua sobre los cuerpos es nula, ó cuando menos bastante insignificante; pero este líquido, cuya propiedad característica es, puede decirse así, no tener casi propiedades, debe precisamente á esta inercia, á esta pasividad, toda la importancia de su papel en la naturaleza. Es, por excelencia, el vehículo para la disolución de multitud de cuerpos que, para obrar los unos sobre los otros, ó hay necesidad de que sus moléculas se mezclen, y que las sustancias respectivas se penetren á favor de una división que sólo la disolución puede dar; entonces el agua es el principal agente. Existen, es verdad, otros líquidos que comparten con el agua la propiedad de asimilar los cuerpos; pero ninguno como ella posee esta facultad en tan alto grado, y tienen el inconveniente de hacer que intervenga su acción en donde es inútil ó perjudicial, en tanto que el agua, no teniendo ninguna acción propia, apenas altera las propiedades químicas de las sustancias que contiene en disolución, no haciendo sino favorecer la manifestación, disminuyendo si acaso la intensidad.

En general, la cantidad de materias que el agua puede contener en disolución, es tanto mayor, cuanto que su temperatura sea más elevada. Es necesario tener presente que un cuerpo que es soluble en el agua pura, se convierte en insoluble y precipita combinándose con otro cuerpo, dando nacimiento á un nuevo cuerpo; que las reacciones químicas favorecidas por el agua misma, se transforman frecuentemente en materias solubles de los cuerpos primitivamente insolubles. Finalmente, al hablar del agua y hacer consideraciones sobre ella, no debe perderse de vista el principio fundamental de que á título de agente de disolución, y que el agua entra indispensablemente en una gran proporción en la constitu-

ción de los cuerpos organizados y dotados de vida. Por lo antedicho puede juzgarse que nos hacíamos partidarios de una doctrina antigua que parecía verdadera según el concepto de los filósofos antiguos. Aún hoy los químicos aplican los nombres de los elementos, de *cuerpos elementales* y de *cuerpos simples*, á las sustancias que son reputadas como que no contienen más que una sola especie de materia, y no poder por lo tanto ser descompuestas.

Frecuente es burlarse de la ignorancia de los antiguos, que llamaban al agua elemento, cuando hoy la química ha resuelto que no es sino un cuerpo compuesto, y se hallan para su formación dos gases, el hidrógeno y el azoe, de la misma suerte que el aire, también se compone de oxígeno y del azoe.

Los antiguos aplicaban la palabra *elemento* en un sentido algo más lato del que nosotros le atribuimos. Los elementos eran, según ellos, las sustancias primitivas, los agentes primordiales de donde proceden todas las cosas y todos los seres. Testigo de ellos es el hermoso verso de Ovidio:

Quatuor aeternus genitalia corpora mundus, continet.

(*Metamor.*, lib. xv.)

Entonces se entendía en este sentido la palabra *elementos*, aplicada con admirable justicia al agua y al fuego, agentes primarios de la creación, luego á la tierra, que representa todas las sustancias sólidas, y al aire, elemento sutil, causa inmediata del fenómeno fundamental de la vida orgánica: la respiración al aire, sin el cual nuestro planeta sería como su satélite, no un mundo, sino un conjunto de materia bruta y su superficie un inmenso desierto helado.

Y basta por hoy, lectores míos; otro día nos ocuparemos no del agua dulce, sino del agua del mar, de esa inmensa masa de agua tan salada y amarga, que más de una vez os habrá producido náuseas cuando en el entusiasmo del baño ha penetrado en vuestra boca algún sorbo del espumoso Océano, y entonces veremos las diferencias esenciales entre la potable y la marina.

JOAQUIN CASAN.

ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA

sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla.

SEXTA ÉPOCA.

Ciro, que sucesor fué de Darío,
dió fin de Babilonia al cautiverio,
que en la Asiria sufrió el pueblo Judío,
por un edicto, que ilustró su imperio.
De Daniel influyó con poderío
sin duda el elevado ministerio,
y los cautivos á Salén tornaron
y el templo del Señor reedificaron.

De Asuero el favorito Amán gozaba
toda la confianza, y altanero,
que todos le adorasen intentaba.
Este honor, que al Dios sólo verdadero
se debe, *Mardoqueo* le negaba,
y Amán perderle con su pueblo entero

juró en venganza; más burló su intriga de *Ester* el heroísmo y la fatiga.

Nehemías, israelita virtuoso, obtuvo de *Artajerjes* un decreto, que en los Sagrados Fastos es famoso, para reedificar el parapeto y el muro entonces de Salén ruinoso. *Esdra*s, varon fiel, digno de respeto, la empresa secundó y el fin laudable dió al pueblo larga dicha y paz durable.

Contra Jerusalem en ira ardiendo iba *Alejandro Magno*, decidido á castigarla con degüello horrendo, cuando á su encuentro fué de Efod vestido, *Jaddús*, gran Sacerdote, paz pidiendo. De asombro y de respeto poseído, inclinóse el guerrero en su presencia, en protección trocando su violencia.

Muerto Alejandro Magno, dependientes de los reyes de Egipto, griegos todos, quedaron luego las hebraicas gentes, tratadas siendo de diversos modos por aquellos monarcas prepotentes, en adversos y en prósperos períodos, hasta que de Jehová por el destino la Palestina á ser de Siria vino.

Tranquila mucho tiempo la Judea de los reyes de Siria bajo el mando no estuvo por codicia. Hubo de hebrea raza un infame, que en secreto odiando á *Onías*, que sus crímenes le afea² fué en venganza á *Selénco* aviso dando de en el templo existir un gran tesoro; mas premio de ambición vió en *Heliodoro*.

Sufrió la religión ataques crueles, siendo rey el *Antíoco Epifanes*. Viéronse entonces israelitas fieles, que de aquel reprochando los desmanes, del martirio ciñeron los laureles, defendiendo la Ley con sus afanes. Tales con *Elcazar*, de Fé trofeos, fueron los siete *Hermanos Macabeos*.

Lleno de indignación y celo ardiente el sumo sacerdote *Matatías*, de los Justos verter sangre inocente vió en Judea con trazas mil impías. La religión y patria juntamente eran de ruina en ominosas vías, cuando librarlas emprendió, formando hueste aguerrida contra inicuo bando.

De *Matatías* el valor y celo sus hijos heredaron y su gloria y sobre todos *Judas*, cuyo anhelo fué siempre coronado con victoria, por fiar tan sólo en el favor del cielo. Él con pocos soldados ilusoria de ejércitos inmensos la esperanza hizo, dando á Israel nueva pujanza.

Infausto fué en extremo el fin de Antíoco no pudiendo el Señor más la arrogancia sufrir del que á las olas del mar loco creyera dominar ¡necia jactancia! su cuerpo hirió de muerte poco á poco de gangrena y hedor con la abundancia. Se arrepintió, mas tarde... y desesperado, fué por remordimientos destrozado.

Gloriosamente terminó su vida el intrépido *Judas Macabeo*. Sufriendo la postrer acometida del ejército Sirio, al apogeo llegó de su carrera distinguida. Salvar la Religión fué su deseo y morir por la patria al tiempo mismo, sellando con gran triunfo su heroísmo.

Vengó de Judas la gloriosa muerte su hermano *Jonatás*, presto lanzando de Judea á los Sirios con lid fuerte. *Simón*, su último hermano, el sumo mando después también obtuvo de igual suerte: y así á sus descendientes fué pasando la dignidad Suprema, hasta que vino el prometido Salvador Divino.

Mandando *Juan Hircán*, se levantaron en toda la Judea sectas varias. Hubo entre todas dos, que dominaron pronto á sus numerosas adversarias; la de los *fariseos*, que sentaron doctrinas á la Ley asaz contrarias y la de *Saduceos* voluptuosos, que disturbios causaron muy ruidosos.

Hircán, que al sacerdocio había ceñido la dignidad de rey, fué el tronco luego del real linaje *Asmónico* esclarecido. Le sucedió *Aristóbulo*, que, ciego, á *Antigono*, su hermano, ó seducido por calumnia, dió muerte, y sin sosiego por crédulo haber sido en demasía, pronto á la tumba descendió sombría.

Alejandro Janco despreciable hízose por su poco acierto y tino; y por su cruel gobierno detestable. *Hircán segundo* á sucederle vino; mas débil siendo, negligente, instable, el *segundo Aristóbulo* el destino le arrebató, y de nuevo entronizado por Pompeyo, otra vez fué destronado.

Astuto, se valió de los trastornos de la Judea *Herodes Idumeo*, para hacerse Señor de sus contornos y apoderarse de ella, su trofeo y usurpación pidiendo con sobornos aprobese conforme á su deseo *Octavio Augusto*, Emperador Romano, y así se hizo en Judea cruel Tirano.

Justamente al pasar, no sin desdoro, á extrañas manos de Judá potente la autoridad real y el cetro de oro, se esperaba al *Mesías* prepotente, que debía enjugar del mundo el lloro, según Jacob vaticinó elocuente: y ansiado era de todos el guerrero que libertad daría al orbe entero.

Los últimos Judíos falsa idea formaron del Mesías prometido. No obstante: en paz profunda la Judea, y el mundo todo en la quietud dormido, *En Belén de Judá*, pequeña aldea, ángeles y pastores «¡Bien venido!!!!» Saludaron por fin, con alegría al SALVADOR, que diera á luz MARÍA.

como lo prueban algunos párrafos de las cartas que me escribes y el hecho mismo de procurar mi pobre concurso para establecer reglas infalibles de conducta—dice tu bondad sublime—que te permitan caminar con paso firme y seguro por la difícil y tortuosa senda de la vida, quiero acceder á tu súplica, mayormente cuando á ello me obliga un deber sagrado que he de cumplir en todas sus partes, el mandato que me impuso tu jóven y virtuosa madre cuando en sus últimos momentos me dijo con mortal angustia: «Angel, mi última hora se acerca, te entrego el único preciado tesoro que poseo, mi hija Amparo, que aún no cuenta cinco años de edad: procura hacerla honrada, digna, y sé su verdadero angel tutelar...»

Después—apénas puedo contener las lágrimas al recordar tan conmovedora escena—me ordenó que te condujese á su lado, y, cuando incorporada en el lecho te mira un momento sonriendo, se alteran de pronto sus facciones, y pálida, desencajada, temblorosa, te aproxima á su seno, te estrecha fuertemente entre sus brazos y exhala en tu boca el último aliento, como si en un beso ardiente, uno de esos besos á cuya influencia deben apesadumbrarse las estrellas y estremecerse los mundos, quisiera comunicarte su alma, su sér, su vida toda.

Pero ¡qué necio soy! En vez de llevar consuelo al corazón, procuro entristecerlo con el relato de lo que justamente consideras la mayor, quizás la única de tus desgracias. Dispénsame, hija mía, y entremos desde luego á desempeñar la noble misión que tú misma me confías al concederme también el dulce y cariñoso nombre de hermano. ¡Cuán buena eres!.. ¡Tú noble, tú rica, tú opulenta, me llenas de distinciones y quieres recibir consejos del que un tiempo fué simple criado en tu casa, y ahora tu mejor amigo... pero amigo humilde que inspira compasión á las gentes, que nada vale y á quien sólo resta ya la creencia firmísima de que no le retirarás nunca tu cariño, de que siempre has de corresponder dignamente al afecto puro, intensísimo que te profesa, y al vivo interés que le inclina hacia todo aquello que pueda relacionarse con tu futura suerte.

Por eso quiero que abras los ojos á la clara luz de la razón, y escribirte lo que se me ocurra acerca de las cosas del mundo, empleando una forma sencilla y compatible con tu actual estado de ilustración cristiana á la par que de candorosa inocencia. Conviene sí, que cuando mañana salgas del colegio en que hoy te educas é instruyes (verdadera excepción en su género, porque muchos centros de esta clase más que para otra cosa, sirven para pervertir y corromper el corazón de los angelitos que en ellos se congregan), sepas á qué atenerte respecto de las costumbres sociales, y conociéndolas puedas evitar la tentación de caer en ciertos vicios ó defectos que bastan ellos solos á empañar el brillo de la más perfecta hermosura, y que siendo inherentes á todas las clases en que un abuso lamentable de términos, á veces, divide á la humanidad socialmente considerada, suelen tomar, sin embargo, carta de naturaleza y pasar como cosa corriente y hasta de buen tono entre algunas damas que pertenecen á la más alta y distinguida clase social, á la clase

CARTAS Á UNA NIÑA

LA VANIDAD

Queridísima Amparo: Ya que en tus doce años revelas tal cultura de espíritu que tu conciencia sabe distinguir lo bueno de lo malo, y tu entendimiento penetra el fondo de las cosas,

¹ El Efod era una especie de túnica corta con mangas, tejida de diversos colores. Dejaba sobre el estómago una abertura de cuatro dedos en cuadro, cubierta con el racional (Diccionario Teológico de Bergier).

² Onías era el sumo sacerdote de Jerusalem.

aristocrática que tanto quiere decir como selecta, pulcra, bien nacida, rica, si se quiere, pero de nobles y elevados sentimientos, etc. Seguramente que nadie mejor que tú podrá ostentar, Dios mediante, el honroso título de *dama aristocrática* si atendemos á lo ilustre de tu nacimiento á las riquezas que posees, á las egregias virtudes que te adornan y hasta tu soberana hermosura, coronada con el sello del talento que Dios marcó sobre tu frente.

Uno de los caminos que más fáciles hallarás, cuando, rompiendo las paredes de tu estrecha cárcel, te lances al mundo en busca de desconocidas regiones, es el que conduce á la vanidad, vicio feo y torpe contra el cual es necesario que estés prevenida, porque tiene el singular privilegio de presentarse rodeado de esplendorosa luz que fascina los sentidos y enloquece el alma. La vanidad, hija mía, suele iniciarse en las niñas desde el momento mismo en que, mirándose al espejo, reconocen por primera vez los encantos de la belleza con que al cielo plugo dotarlas. No existe belleza igual en toda la creación; vuestra frente es el trono augusto de la inteligencia, vuestros ojos las ventanas del paraíso, vuestra sonrisa el himno misterioso con que la naturaleza saluda al Eterno, vuestro llanto todo un poema de dolor. Parece como que á vuestro alrededor jugueteen los rayos de luz, baten sus alas los angeles, se escuchan armonías celestiales y se repite el eco de divinos acentos: es que acabáis de salir de las manos del Creador.

Pero cuando creciendo en años se desarrolla vuestro sér y os hacéis, por decirlo así, más humanas, cuando adquirís la conciencia plena de vuestra superioridad aquí en la tierra, entonces comienza el período en que la vanidad suele tomar asiento en el corazón de la mujer; entonces parece innato en ella el deseo de embellecer su cuerpo y hasta goza contemplando su propia figura: hecho que se viene repitiendo incesantemente desde los primeros tiempos, lo mismo cuando las humildes pastorcillas salían de las cabañas para ver retratado su rostro en el cristal de la serena fuente, que cuando la elegante dama se introduce en sus dorados salones para admirarse á sí misma en el inmenso espejo que la copia de cuerpo entero; lo mismo en las costumbres toscas y sencillas de una edad anterior, que en las más cultas y civilizadas de nuestra sociedad presente.

Vé, pues, cómo insensible y naturalmente por decirlo así, la vanidad se va apoderando de las niñas y de gradación en gradación llegasí no la cortan los vuelos, á convertirse en el más torpe y desenfrenado engrandecimiento, como tendrás lugar de observar en el curso de esta desaliñada epístola. Astuto, cual la serpiente, el demonio de la vanidad empieza por halagar vuestro amor propio para de este modo dominaros luego y ejercer, sobre vuestras inclinaciones y tendencias, el imperio más absoluto y despótico: así es como la mujer, reina del mundo, queda reducida á la esclavitud de una pasión que la degrada y envilece.

¡Oh! cuando en su cabeza llega á formarse esta atmósfera de deplorable extravío, sufre menoscabo hasta en su dignidad y delicadeza y es arrastrada fatalmente hacia el abismo del

mal, causando, á la vez que su ruína, la de aquellas otras que, débiles, la siguen, á la manera que el rayo en su veloz caída destroza y aniquila cuanto toca.

La mujer que siente en su pecho el fuego de la vanidad atiende sólo á las exigencias de un instinto egoísta y personalísimo, vive exclusivamente para ella y se olvida de los más sagrados deberes: es por naturaleza ingrata y despiadada con todos, menos con aquellos que, por adularla, fomentan en ella los febriles devaneos é insensatas aspiraciones que la embriagan y extasían. Ella no reconoce hogar, ni familia, ni patria, ni religión, ni Dios: se adora á sí misma, inclinándose ante el soberbio pedestal que sostiene la estatua de la divinidad pagana con quien ha soñado y sueña. Ella no da cabida en su cerebro á una idea fecunda, ni alberga en su corazón un sentimiento noble y desinteresado: así es que en vano la demandarás auxilio en un trance apurado ó la pedirás consuelo en una gran desgracia. Entregada á las atenciones que reclama el sentimiento exclusivo que la domina y acostumbra á vivir la vida del cuerpo, no remedia al infortunado y hace poco caso de los dolores del alma.

Y si esta mujer á que me refiero, encumbra da por la fortuna, se lanza en el torbellino del gran mundo... entonces hay que pintar el cuadro con más negros colores, con más sombría realidad: entonces...—excusado es decirlo—su alta jerarquía social no la permite descender á ciertos extremos: no alargará la mano á un pobre, porque se mancharía; no escuchará al desvalido, porque su acento lastimero la fastidia; huirá del mendigo, porque entre su haraposos ropaje se cobija la miseria: desprecia el trabajo por indigno, y su ocupación es una cadena no interrumpida de goces mundanales y de ruidosos triunfos: suele dormir de día y velar de noche, porque la luz artificial hace resaltar más el incentivo de su belleza y pedrería. Es, en fin, la personificación del orgullo en todas sus manifestaciones.

No creas que exagero. El tipo que vengo bosquejando la habrás visto muchas veces lucir sus vistosas galas en soberbio carruaje tirado por hermosos caballos: allí va la viva imagen de la vanidad voluptuosamente recostada y rebotando satánico engrandecimiento. Es, por ejemplo, la marquesa de T. ó la baronesa de H., con su mirada atrevida, sus movimientos desenvueltos, su actitud provocadora é incitante. Dotada de un espíritu veleidoso y superficial, es excesivamente voluble y no acierta á penetrar el fondo de las cosas. No piensa, no siente, no sabe amar: se enamora de lo fugaz y pasajero, de lo que hiere á los sentidos, de lo que lisonjea su amor propio, de lo que sirve, sobre todo, para aumentar sus encantos materiales ó añadir un nuevo adorno á la corona de sus triunfos. El oro, las piedras preciosas, las ricas joyas, el lujoso atavío... cuanto deslumbra y ciega en una palabra... hé aquí el bello ideal de sus fantásticos sueños.

Ella asiste á los bailes, al teatro, á todos aquellos lugares en que puede ostentar la esplendidez de su traje y poner en juego el atractivo irresistible de su bellissimo cuerpo, cuaja-

do de brillantes. Tiene un palco en el Real ¡oh! la ópera (que no entiende) la ¡conmueve... la llena de entusiasmo... la electriza!

Ella no citará á su casa á los pobres para darles una buena comida; pero en cambio estarán francas á la sociedad elegante y distinguida las puertas de su suntuoso palacio en donde celebra reuniones con asistencia también de algunos periodistas y repúblicos insignes. De este modo la fama de su opulencia y hermosura se extiende rápidamente por toda la redondez de la tierra; los periódicos ponderan su exquisito trato y los manjares de su mesa: los oradores la ensalzan, lanzando al viento los torrentes de la inspiración, para que llegue hasta el cielo el eco sonoro de su armoniosa voz: los poetas esculpen en versos inmortales los hechiceros lineamentos de su rostro, la expresión divina, angelical de sus hermosos y rasgados ojos; su agudeza de ingenio, su doctore, su chispeante gracia, etc., etc. Todos aplauden á una la extravagante conducta de la baronesa, su delirio creciente, su pasión insensata hacia lo que constituye el colmo de la vanidad y de la locura. Todos se humillan ante ella, y la consideran como el prototipo de la belleza, de la gracia y del buen tono: solamente el hombre juicioso y pensador, el filósofo cristiano, es el que la compadece... por que no puede despreciarla.

Son infinitas, mi querida amiga, las manifestaciones que la vanidad toma en el mundo; pero basta con las que llevo apuntadas para que te formes una idea de su horroroso aspecto y huyas de ellas como de algo que produce la asfixia del alma y borra la iniciativa de todo sentimiento humanitario y generoso.

La modestia, la castidad, la compasión, el amor, la caridad cristiana... todas estas virtudes armonizadas con el sentimiento de la más severa dignidad han de ser tu norte y guía, aunque tengas que respirar con el tiempo la densa atmósfera que se produce en el seno del gran mundo. ¡Oh! la vida no es la mansión del placer y la alegría únicamente: es también la mansión del dolor y de la tristeza.

Vivir es pensar, sentir y querer, gozar y sufrir, reír y llorar. No lo olvides, hija mía, y hasta la próxima epístola se despide de tí con un beso... de pensamiento que te envía tu

Angel.

Por la copia,

A. CARRASCO Y ÁLVAREZ.

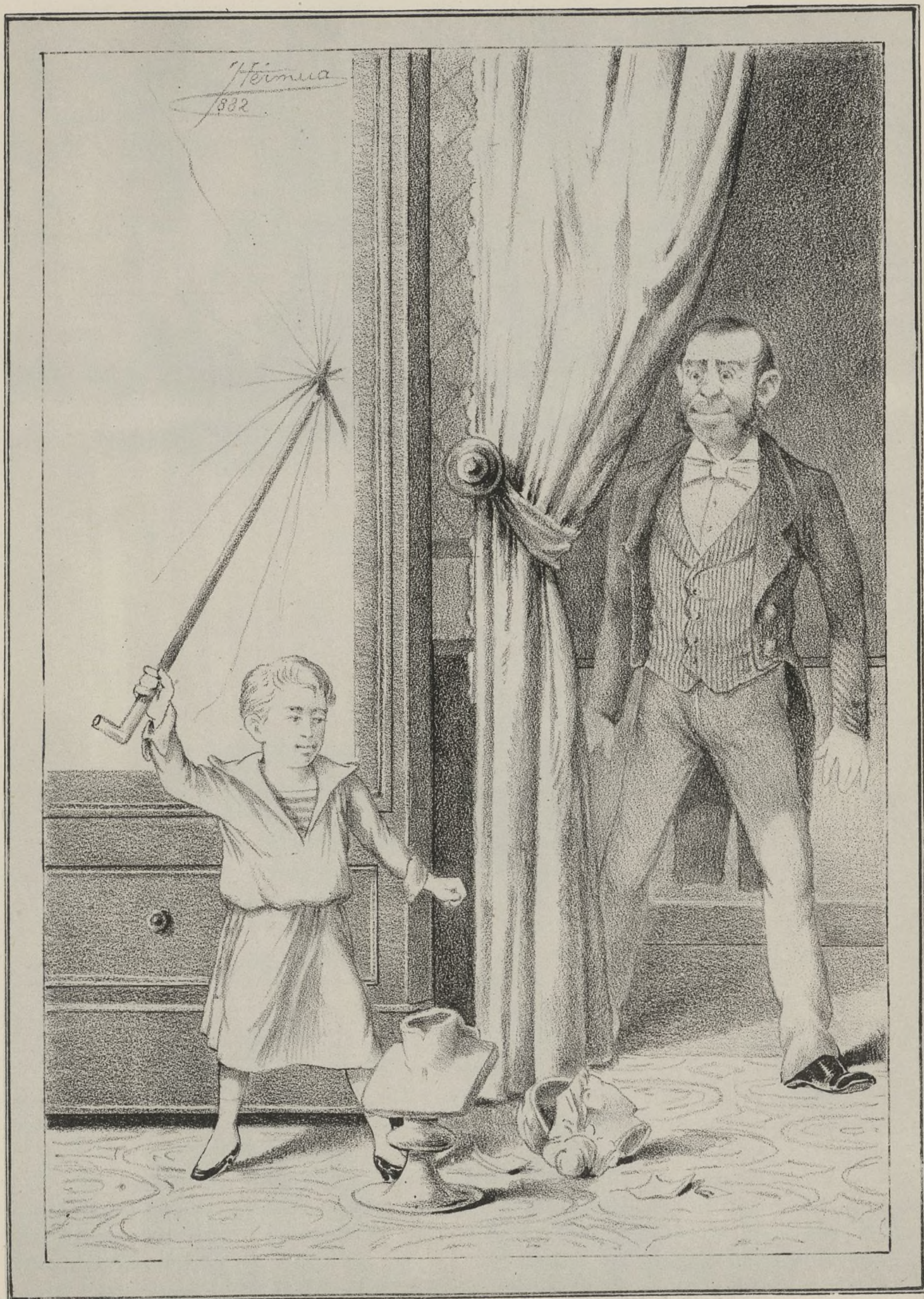
EPÍGRAMA

A Juan un *Dómine* viejo
Nosce te *ipsum*, repetía;
y Juan, siguiendo el consejo,
se pasaba noche y día
mirándose en el espejo.

B. AVILÉS.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG
A CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



ESCULTURA

Ayuntamiento de Madrid

